
3 1761 09545741 2

DISCURSO

EN ELOGIO DEL

EXCMO. SR. D. GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

CENSOR DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

LEÍDO EN LA JUNTA PÚBLICA CELEBRADA EL DÍA 15 DE NOVIEMBRE DE 1903

PARA HONRAR SU MEMORIA

POR EL

EXCMO. SR. D. JUAN VALERA

ACADÉMICO DE NÚMERO

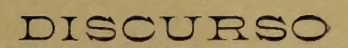


MADRID

EST. TIP. DE LA «REV. DE ARCHIVOS, BIBL. Y MUS.»

Calle de Olid, número 8.

1903


DISCURSO

DISCURSO

EN ELOGIO DEL

EXCMO. SR. D. GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

CENSOR DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

LEÍDO EN LA JUNTA PÚBLICA CELEBRADA EL DÍA 15 DE NOVIEMBRE DE 1903

PARA HONRAR SU MEMORIA

POR EL

EXCMO. SR. D. JUAN VALERA

ACADÉMICO DE NÚMERO



MADRID
EST. TIP. DE LA «REV. DE ARCHIVOS, BIBL. Y MUS.»
Calle de Olid, número 8.

1903



Señores académicos:

En la penúltima ó última junta que antes de vacaciones celebró esta Real Academia, me honrásteis con el encargo de escribir el elogio de D. Gaspar Núñez de Arce, cuya muerte lamentamos todos. Había de leerse lo que yo escribiera pública y solemnemente á fin de dar nosotros claro testimonio del valer y del mérito del ilustre compañero que hemos perdido, mostrando por ello nuestro pesar y el alto aprecio y la admiración que el ingenio, la inteligencia y las demás elevadas prendas de aquel glorioso poeta nos inspiraban de acuerdo en todo, no sólo con los entendidos y aficionados á las bellas letras, sino también con la generalidad de los españoles.

Gustoso y lisonjeado acepté yo la tarea que me encomendábais, aunque no sin desconocer lo difícil que me sería salir de ella airoso, así porque la vejez y las enfermedades han nublado acaso la lucidez de mi juicio y han debilitado la escasa fuerza de mi estilo, como porque el asunto que debía yo tratar había sido ya magistralmente tratado por alguien que entre nosotros se sienta, y á quien considero imposible superar ó al menos igualar diciendo algo nuevo.

El asunto, además, me parece muy vasto para encerrado en un discurso que por fuerza ha de ser breve. Se tratan en el día con tal amplitud asuntos semejantes, que se expone quien desea ser conciso á ser calificado de ligero ó de obscuro: á no decir sino vagas generalidades, á no fundar y probar sus asertos con razones discretas, y hasta á ser tildado de no conocer bien la labor literaria que aspira á juzgar y de no haberla estudiado y analizado con detención y reposo, penetrando hasta lo más hondo de su sentido y haciendo patente el espíritu que la informa.

Para no disertar someramente sobre todo, tendré que pasar con rapidez sobre muchos puntos á fin de fijarme y detenerme en uno, el más capital, el que mayor atención requiere y el que debe ser tratado con mayor esmero.

Don Gaspar Núñez de Arce ha mostrado la enérgica actividad de su alma en muy distintas esferas, alcanzando en todas aplausos y triunfos. Escritor político, se hizo estimar en las redacciones de varios periódicos; en la guerra de Africa que terminó con la toma de Tetuan, siguió como Alarcón á nuestro ejército y supo celebrar dignamente los hechos militares de aquella empresa. Como hombre de Estado, llegó á ser Ministro y desempeñó otros importantes empleos, manifestando su aptitud, su providad y la leal consecuencia, subordinación y disciplina con que siguió siempre las banderas del partido liberal en que militaba. Fué Diputado y Senador, interviniendo en las discusiones parlamentarias, en algunos importantes momentos y haciendo ver que poseía la envidiable facilidad de palabra y la serenidad que conviene para hablar bien en público, en esta tierra de España tan fértil en oradores de nota.

Fué, por último, Núñez de Arce, autor dramático aplaudido. En colaboración con D. Antonio Hurtado escribió

varios dramas, y por sí solo compuso otros, y entre los que sobresale *El haz de leña.*

De cuanto acabo de indicar quiero y debo prescindir aquí, si he de limitarme á escribir un discurso y no un libro, y si he de tratar con amplitud y reposo de las más egregias cualidades que resplandecían en nuestro compañero, considerándole solo como poeta lírico aunque dando á su lirismo más extenso significado de lo que severa y estrictamente debiera tener. En realidad, no voy á considerar á Núñez de Arce como poeta lírico solo, sino también como poeta épico, si por tal ha de tenerse el que cuenta ó narra una acción, y por poeta satírico, gnómico ó sentencioso y ya que no didáctico, concionante.

Varias son las condiciones que han de concurrir en un ser humano y que han de adornarle y habilitarle para ser buen poeta. Veamos cómo y hasta que grado concurrieron en el que ahora tratamos de estudiar, empezando por las menos raras y preciosas, aunque más indispensables que otras más preciosas y más raras.

La primera de todas las condiciones es la de poseer y manejar con destreza, el medio, el instrumento y en cierto modo hasta la primera materia de que el artista ha de valerse para revestir de forma sensible sus conceptos. La primera condición, pues, que ha de tener el poeta es la de poseer y manejar diestramente la lengua en que poetiza. Así esta condición como todas las otras de que hablaré luego, tienen más de ingénitas que de adquiridas. No se adquieren por educación. Las concede el cielo. Son carismas ó dones gratuitos que la bondad de Dios pone al nacer en el espíritu de los que elige y ama. La educación, con todo, perfecciona, aquilata y fortifica luego estas prendas naturales. De aquí que el poeta, lo mismo que el eminente hombre de Estado, el capitán hábil y victorioso, y

todo el que por el pensamiento ó la acción merece ser llamado genio, lo es por la gracia de Dios, como de los soberanos legítimos se dice; pero tal gracia no vale si con amoroso desvelo no la cultiva y la aumenta el favorecido, sino que la malgasta ó deja que se consuma en la inacción con ingrato descuido. Lejos de incurrir en esta falta, Núñez de Arce se esmeró en cuidar sus naturales facultades.

Nacido en el riñón de Castilla, desde su niñez y desde su temprana mocedad, en Valladolid, en Toledo y en esta villa y corte por último, aprendió de la misma boca del pueblo la más castiza y pura lengua española; atesoró en la mente el caudal de sus vocablos y la flexibilidad y riqueza de sus frases y giros; estimó que en esta lengua caben con holgura y claridad, sin violentarla y sin tener que pedir nada prestado á otras lenguas, todos los pensamientos y los sentimientos todos, por sutiles, alambicados, profundos, amenos é inauditos que sean; y se ejercitó en expresar los suyos con afán laudable y dichoso así en prosa como en verso.

Sin duda el hablar y el escribir se facilitan con el ejercicio. La disposición innata se corrobora con la práctica. Así nuestro poeta adquirió, escribiendo en prosa casi de diario, la nitidez, la limpieza, la sobriedad y la exactitud que aparecen en sus versos y les prestan carácter.

Alguien ha dicho que Núñez de Arce pertenece á la escuela salmantina y procede de Meléndez y de Quintana; pero yo me inclino á creer que, desde que Quintana y Meléndez escribieron, hasta que empezaron á aparecer las poesías de Núñez de Arce, sobrevinieron tantos sucesos y mudanzas, que las escuelas poéticas regionales sólo quedaron para la historia, por donde Núñez de Arce no fué ni pudo ser de la escuela de Salamanca, ni menos imitador de Quintana y de Meléndez. Es sucesor de ellos por-

que los hombres todos se suceden aunque no se parezcan. Entre los mencionados poetas y nuestro compañero, se ponen y los separan nueva y larga serie de cambios políticos, opiniones y doctrinas ignoradas ó apenas conocidas antes, la revolución literaria del romanticismo y la estética reciente con preceptos y reglas harto diversos de los que se seguían y se observaban antes. Sin caer en prosaismo, Núñez de Arce es más llano, más natural y en realidad ó en apariencia si se quiere, más fácil y espontáneo que sus imaginados modelos. Con gusto más depurado, sin resabios del conceptismo y culteranismo del siglo XVII, no sólo Núñez de Arce, sino también otros buenos poetas del siglo XIX han desplegado y lucido no menor habilidad y destreza para versificar en todos los metros, estrofas y combinaciones de rimas. En Quintana y en no pocos otros líricos de la escuela clásica á la francesa se nota demasiado el esfuerzo para versificar. No fluye el verso con la abundante facilidad que muestran nuestros poetas líricos y narrativos desde la aparición del romanticismo hasta ahora. Se diría que el arte de la versificación se aprende y se ejercita hoy con menor trabajo que en el último tercio del siglo XVIII y en el primero del XIX. Quintana, con ser tan gran poeta, aparece premioso versificando. Y si nadie en este punto se adelanta á Gallego, su maestría es de diversa índole. La poderosa virtud de su métrica no produce versos fáciles y corrientes, sino algo, en los mejores momentos de inspiración, como exquisita labor de ataujía, como bien ajustado mosaico cuyas teselas son piedras preciosas, unidas con sólida firmeza y engastadas en cerco de oro por vigoroso empuje para que nunca se desprendan y den persistente duración á tan espléndido artificio.

Fuerza es convenir en que la fácil versificación acarrea el peligro de caer en lo vulgar y en lo rastrero, de producir ruines y desmayadas coplas en vez de nobles ó sublimes cantos; pero Núñez de Arce acertó á libertarse de este peligro. La elevación de su sentir y de su pensar le sostuvo siempre cuando se dejaba arrebatar por el raudal de la versificación fácil y no consintió que zozobrara ó se detuviera un sólo instante en el prosaico escollo de los copleros.

Otra novedad, más que real, pretendida, ha traído la moda á las novísimas obras poéticas: el minucioso detenimiento en las descripciones. Se afirma que los antiguos apenas describían: que embelesados en la contemplación de la criatura humana y de sus actos, poseían menos que nosotros el sentimiento de la naturaleza y no se paraban ni fijaban mucho la atención en los objetos que nos rodean. Contaban nuestras pasiones ó acciones, pero poco ó nada decían del medio ambiente que tanto influye en crearlas y desenvolverlas.

No decidiré yo hasta qué punto es moderno este afán por lo descriptivo, pero no aplaudiré la exuberancia con que lo descriptivo se emplea en el día entreverando toda acción ó más bien empedrando el camino de su desenlace con prolijos tropiezos.

Núñez de Arce acepta y sigue esta moda, pero por fortuna no la exagera. En sus versos abundan las descripciones, pero son bellas y no cansan. Por reflexión ó por instinto, nuestro poeta comprende muy bien que cuando se refiere un suceso lo que más importa es el suceso mismo y no el lugar de la escena. La poesía, más que descripción, es acción. Tan lo entendían así los antiguos, que solían irreflexivamente encerrar en la acción lo descriptivo. En vez de describir *La Iliada* cómo van armados

sus héroes, nos lleva á presenciar cómo se arman cuando salen á la pelea. No nos pinta cómo va vestida la diosa Juno, pero nos introduce en su cámara y hace que asistamos y veamos allí cómo se peina y adorna el cabello, cómo se lava el hermoso cuerpo y le pule y suaviza con linimentos aromáticos, y cómo se engalana luego con maravillosa vestidura, completando el hechizo de su traje y tocado al ajustar á su gallardo talle el encantado ceñidor que Venus le presta. Así sube la diosa hasta la cima del Gárgaro, donde se halla Júpiter, que arde en amor apenas la ve desde lejos. Brotan luego de la fecunda tierra lindas flores y mullido césped y una nube dorada y luminosa encubre á la gentil pareja hasta á las penetrantes miradas del sol mismo. Y no describe tampoco el padre de la poesía, el estupendo escudo de Aquiles, sino que nos conduce á la fragua en que Vulcano le fabrica y vemos allí cómo se convierten el oro, la plata y el bronce entre las manos del asombroso artista, en la divinada prefiguración de los nunca superados prodigios de Fidias y de Praxíteles.

Núñez de Arce, repito, si bien sigue la moda, es sobrio en sus descripciones, las cuales no son estorbo de la acción, sino que la explican y la aclaran. El carácter principal de Núñez de Arce como poeta no es, con todo, el de ser narrador ó descriptivo, sino el puramente lírico: demostrar con ardorosa vehemencia las ideas y los sentimientos propios y de procurar infundirlos en el ánimo de sus oyentes y lectores. Este es su principal propósito hasta cuando escribe historias ó leyendas. De todo aspira á sacar alguna lección moral, política, filosófica ó religiosa.

Partidario yo del arte por el arte, por reiterada confesión propia, debería ser recusado como parcial y prevenido para ser juez de la poesía docente si no invalidara la recusación explicando mi doctrina.

La poesía es arte liberal y no servil, lo cual significa que sus creaciones no son de necesidad, sino de lujo; que no son útiles en el sentido vulgar de la palabra; que no se subordinan á ningún extraño propósito; que su fin es la poesía misma: la manifestación sensible de la belleza. Pero lo bello eleva el alma á esfera muy alta donde se junta con la verdad y con el bien en unidad perfecta, siendo allí lo bello el resplandor de la verdad y surgiendo de la verdad todo bien como de inexhausto venero. De esta suerte el poeta, si no enseña, habilita y presta alas á los espíritus capaces de comprenderle, cuando no para subir hasta ese centro divino, para columbrarle, para bañarse en su luz y para tomarle por guía. En la ascensión hacia ese centro, acaso atraviesa el poeta por entre obscuras y tempestuosas nubes, acaso va ó nos parece que va extraviado, pero sube más, logra llegar á región más serena y clara, y al fin toma el recto camino arrebatándonos en su vuelo. Y no es menester para tanto tratar solamente de ciertos encumbrados asuntos, como asegura nuestro compañero, en su prólogo á los *Gritos del combate.*

A mi ver no hay asunto, por insignificante y mezquino que parezca, que poéticamente tratado no adquiera por la poesía poder bastante para elevar el alma hacia la luminosa región de la ideal belleza.

Y no se me acuse de sobrado sutil al exponer mi doctrina. Inevitable es tal sutileza, si hemos de conciliar una contradicción que en todo juicio sobre poesías con frecuencia ocurre. Opuestas creencias y opiniones son defendidas y ensalzadas por poetas distintos. Alguno de ellos acaso sostendrá y ensalzará la verdad, pero es indudable que los que sostienen y ensalzan lo diametralmente opuesto, sostienen y ensalzan la falsedad y la mentira. Y sin em-

bargo, con tal de que dichos poetas sean sinceros, con tal de que no finjan sino que sientan hondamente lo que dicen, su error no nos repugna, sino que nos deleita y hasta nos entusiasma. ¿Cómo atribuir esta indiferencia por lo verdadero que nos deja gozar de lo que dice quien en nuestro sentir de lo verdadero se aparta? ¿Pues, qué, prescinde el crítico del fondo de una composición poética para apreciarla solo y gustar de ella por la forma? Yo no puedo creer que sea así. La bella forma, además, no se concibe, no es sino vano artificio, sin algo de sustancial, sin idea ó sin sentimiento que por medio de ella se revele. Luego es evidente que, más allá del punto en que los distintos poetas discrepan, hay otro punto luminoso y sublime, hasta donde todos suben si son en realidad poetas egregios, y donde coinciden todos, desapareciendo las contradicciones en que en el rapto de su ascensión habían incurrido.

Para ejemplo de lo que pretendo significar tomemos á tres poetas italianos de nuestros días, dos de ellos preconizados ya como grandes y el tercero notabilísimo y muy celebrado. Es uno fervoroso católico; otro es horrible y desesperadamente impío; y es no menos antirreligioso el tercero, aunque muy lleno de confianza, en que no es un mal, sino un bien, la pérdida de la fe en una religión positiva. Ahora bien, yo declaro que los tres poetas me encantan y que indistintamente los aplaudo. Luego no los aplaudo por lo que enseñan. En primera instancia gana pues, el pleito, el arte por el arte y la poesía docente sale condenada. ¿Cómo poner de acuerdo la hermosa plegaria al Espíritu Santo en la Pentecostés de Manzoni, aquello de llamar á Dios el *feo y oculto poder que impera para nuestro común daño* y otras no menos espantosas blasfemias de Leopardi, y por último la letanía lauretana á Satanás con que Josué Carducci llenó de estupor á los nacidos?

A fin de lograr la concordancia de los tres poetas es menester prescindir del camino que van siguiendo y de las peligrosas y poco recomendables paradas que hacen dos de ellos en dicho camino. Es menester subir hasta una resplandeciente altura en que la luz de la verdad envuelve á los tres y en que los tres se abrazan. Con poderoso impulso los ha encumbrado hasta allí el amor de la humanidad y de la patria, el deseo de verdad y de bien para todos los seres, la aspiración á lo perfecto y la sed de la inteligencia por comprender lo infinito y de la voluntad enamorada por unirse á él y aquietarse en su seno.

En esta más detenida contemplación de la poesía, yo no sé si debo ó no llamarla docente, pero es digna de muy noble calificación: es incentivo, es estímulo ó estro de las mejores prendas del ser humano: es lo único que, después del amor y de la fé viva que del amor nace, puede prestar y presta al alma alas para subir al cielo.

De esta suerte la poesía sin salir fuera de ella para buscar su fin, le tiene utilísimo aunque de utilidad peregrina mas alcanzada por los espíritus selectos que por el vulgo.

Para que la poesía se remonte á tamaña altura no se requiere, según hemos visto, ni la exacta averiguación de la verdad, ni evitar extravíos y errores, ni emplear sólo el ingenio en tratar de cosas trascendentales y metafísicas.

Presupuestos ya nobles sentimientos é ideas, anhelo del alma hacia el bien, lozana y rica fantasía, para revestirlo todo de imágenes y para expresarlo con primor y concisa elegancia, lo que se requiere es sinceridad: que el poeta aunque invente fábulas y finja historias que nunca ocurrieron, no finja que siente lo que no siente ó que sabe ó cree lo que descree ó ignora. Esta sinceridad, esta buena fe franca y desnuda de disimulo, no abandona jamás á Núñez de Arce y contribuye á que sea excelente poeta. Con nada

nos engaña. Solo hay un punto en el que yo recelo á veces, no ya que nos engañe, sino que se engañe á sí mismo ó que exagere al menos: me refiero á su duda y al tormento y á la desesperación que le causa. Ese tormento, esa desesperación provienen del conflicto entre una mística y soberana aspiración y una negación monstruosa. Reconcentrada el alma y penetrando en el abismo de su ser, busca allí la verdad y ansía unirse con el bien supremo, pero se hunde en el vacío y no halla verdad ni bien supremo columbra. Así Leopardi, obcecado y pervertido por la filosofía grosera y materialista del siglo XVIII, todo lo niega con la fría razón, y con el amor vehemente de su alma busca y en balde desea unirse á lo mismo que niega, á lo que sólo concibe como ideal sin sustancia, como fantasma bellísimo y perfecto que nosotros mismos creamos y del que proceden la virtud, la santidad, el heroismo, la filantropía y todo aquello que más honra y más enaltece el linaje humano.

Ahora bien, yo estoy persuadido de que Núñez de Arce jamás puso en duda ciertas afirmaciones supremas. Jamás negó la existencia de un Dios único, Todopoderoso, lleno de bondad y de inteligencia, ni el alma inmortal, ni el libre albedrío, ni la consiguiente responsabilidad de nuestros actos, ni la ley moral que manda ó veda que se cumplan. No dudando, pues, de nada de esto, ni menos negándolo, la carencia de fé ó la duda de Núñez de Arce no podía ser muy atormentadora, sobre todo cuando su alma tendía el vuelo hacia lo alto y se apartaba de la muchedumbre del pueblo, sobre la cual muchedumbre solía difundirse en discursos animados por la pasión política en vez de reconcentrarse en la conversación interior para aclarar misterios y descifrar enigmas.

Las dudas de nuestro poeta eran, pues, en mi sentir, más sobre lo temporal que sobre lo eterno. Prestaba acaso

como nos inclinamos todos á prestar mayor importancia de la justa á los sucesos que presenciamos y sobre todo á los sucesos en que tomamos parte. Así cuando dudaba de la eficacia para el bien de tales sucesos, cuando temía verse extraviado en el camino, cuando perdía la esperanza en el porvenir de su patria, cuando veía ó imaginaba ver á sus compatriotas corrompidos ó degradados, entonces el estro satírico punzaba su alma y esa y no otra era la duda que le atormentaba tanto y de la que tanto solía quejarse.

Con lo poco que yo sé de ciencias naturales, me parece que la transformación de las especies es aventuradísima hipótesis. Pruebas de su certidumbre distan mucho de haberse hallado; pero, como quiera que sea, aun dando por fundada la hipótesis, sin deducir de ella consecuencias impías, solo se contradice la interpretación estrictamente literal de un texto sagrado, pero ni se niega el poder y la sabiduría del Creador, que pone en los seres el invencible conato de ir hacia lo perfecto, ni se rebaja la dignidad del hombre haciéndole salir del barro, no inmediatamente, sino por una larga serie de evoluciones. De esta suerte, ya que no defiendan la doctrina de Darwin, escritores católicos hay que no la condenan por impía, ni la acusan de rebajar al ser humano, si se tiene por cierto que Dios puso ó hizo aparecer el alma inmortal, hecha á imagen y semejanza suya, en el cuerpo humano una vez formado ó transformado con la conveniente aptitud para recibirla. Nuestro poeta con todo no cede ni se resigna con esto. Le enoja que en su arbol genealógico se atreva alguien á colocar el mono. De aquí que se desate en diatribas contra la doctrina darwiniana; pero arrebatado sin duda por su espíritu satírico, los dardos que lanza contra Darwin traspasan el blanco y tienen mayor y más terrible alcance. La pintura que hace de aquellos cuadrumanos, nuestros supuestos primeros padres,

es de una belleza pasmosa; pero resulta que el mono y la mona, de los que procedemos, según la abominada hipótesis, son candorosos, inocentes y felices: carecen de ambición y de codicia, son fieles en sus amores y la duda no los atormenta ni desespera. En resolución, los monos que el poeta nos retrata, en vez de darnos asco nos dan envidia. El asco se queda todo para la humanidad contemporánea tal como el poeta la vé ó la imagina. En los millares de años que ha vivido ya la humanidad, pugnando por subir al alto grado de civilización en que hoy vive, sólo ha conseguido ser tan ruín y tan desventurada, que el mono primitivo es más feliz que ella y más digno de serlo. Y aun no es esto lo peor. Lo peor es que el poeta nos quita hasta la más leve esperanza de retroceder á la felicidad y á la inocencia selváticas de los antiguos días prehistóricos. La civilización nos ha corrompido hasta tal extremo que nos inhabilita para ser animales mansos. Si el hombre recuerda ó supone que su antepasado el antropisco no tenía en la selva,

> Ni Dios, ni ley, ni patria, ni heredades!
> Entonces la revuelta muchedumbre
> Quizás, Europa, alumbre
> Con el voraz incendio tus ciudades.

El poeta casi profetiza, por último, el advenimiento triunfal de sangrientos tiranos, único remedio de mal tan grande, ya que solo el rudo castigo

> La hambrienta rabia de las fieras doma,

y el hombre que no tiene

> Ni Dios, ni ley, ni patria, ni heredades,

se convierte en fiera, mientras que cuando es racional, la razón le subyuga y basta para domarle. La razón, sin embargo, no sale muy bien parada de sátira tan cruel, ni puede

inspirarnos mucha confianza ya que al cabo de millares de años de aplicarla al estudio nos ha dejado caer en tan nefandos extravíos.

Sin embargo, el tétrico pesimismo de nuestro poeta dista mucho de llegar á su colmo en su composición á Darwin. Aun es mayor y más tétrico en *La selva obscura*. En la composición á Darwin, la perversión y la degradación del hombre, que hacen indispensable y hasta deseable la tiranía como solo freno que baste á domar la feroz y sublevada muchedumbre, presuponen que esta muchedumbre ha perdido la razón ó la ha empleado por muy torcida y vitanda manera, renegando de Dios y de todas las leyes y preceptos morales y sociales. Justo y consolador es que confiemos en la Providencia, la cual no consentirá que doctrinas tan inicuas cundan y se propaguen entre el vulgo. Así podremos desechar é invalidar los ominosos vaticinios y las amenazas del poeta. Pero contra *La selva obscura,* si atinamos con la interpretación de lo simbólico, no hay protesta que valga.

El poeta vaga perdido por una selva obscura en cuyo enmarañado laberinto no hay marcada senda, donde todo es horror, donde las hojas secas caídas de los árboles y arrebatadas por el viento se diría que se llevan consigo toda esperanza, donde los pies desnudos se ensangrientan pisando espinas y las ramas torcidas que estorban el paso lastiman y hieren las manos y el rostro. Tremendas visiones acrecientan la angustia y el susto. Profunda melancolía, recuerdos tristes y remordimientos amargos se apoderan allí del alma y la torturan.

Los admirables tercetos en que se describe todo esto, así como los demás de la composición, están hechos con tan enérgica y concisa firmeza y con tan fácil maestría, que el lector ó el oyente casi se atreve á imaginar que

Dante no los haría mejores si reapareciese entre los vivos y versificase de nuevo.

Pero ¿qué es, qué significa esta selva? El poeta la llama la selva del desengaño. Ha penetrado en ella en el otoño de su vida. El desengaño ha de provenir, por consiguiente, de la pérdida de las ilusiones juveniles; ilusiones sin duda harto pecaminosas, como malignas flores que engañan con su aparente hermosura y cuando se marchitan y pasan con la primavera traen desabridos y ponzoñosos frutos. Hasta aquí las cosas no van muy mal. Quizás nos convenga ir vagando por la selva obscura como si, vivos aún, estuviésemos en algo á modo de purgatorio para hacer penitencia de nuestros pecados, acabar de desengañarnos y no forjarnos en adelante seductoras ilusiones. Dante, que se aparece al poeta en el centro tenebroso de la selva y se ofrece á servirle de guía al modo con que Virgilio le sirvió á él, confirma al lector en la interpretación que hasta aquí vamos dando al simbolismo. Y todavía le confirma más en ello cuando oye hablar á Dante en hermosísimos tercetos, en los que refiere sus espirituales y castos amores con Beatriz, limpio y puro dechado de belleza angelical en cuerpo y en alma. Después de la muerte de Beatriz, lejos de terminar sus amores, suben á más alto punto de santidad y de eficacia beatificante. La enamorada doncella desciende del cielo, se muestra en espíritu al terrible gibelino, le consuela y conforta, le separa del camino de perdición, y en premio del amor que él le profesa y por el mismo amor que ella le tiene, logra al fin encumbrarle hasta el cielo.

Nada sería más satisfactorio que este desenlace. ¿Qué más venturosa salida pudiera hallar el poeta para dejar detrás de sí la selva obscura en que se había extraviado?

Por desgracia, Dante mismo, en virtud de fatídicas palabras que pronuncia, quita toda esperanza, cierra la sa-

lida de la selva y nos deja en ella errando para siempre, á no ser que nos devore la pantera, cuya aguda zarpa nos ha destrozado el pecho.

Cuantas alabanzas demos á lo que Beatriz dice á Dante cuando baja del cielo y se le aparece para consolarle, son á mi ver pequeño encarecimiento para ensalzar la santidad y la hermosura de lo que Beatriz dice. ¿Por qué, pues, al ir ya á terminar el poema, trata Dante de arrancar del corazón y de la mente del poeta y del corazón y de la mente de cuantos le leen ó le oyen, la fe, la esperanza y los trascendentales consuelos que antes le había infundido? ¿Por qué llama Dante *santa ilusión* á cuanto de Beatriz le ha dicho? A veces imagino yo que Dante lo llama santa ilusión por ironía. Y si es así, estamos salvados. La pureza inmaculada de Beatriz, sus místicos amores, su vida ultramundana y eterna en el cielo, su aparición en espíritu para consolar, purificar y guiar á quien la ama, todo esto debe ser realidad: no debe ser ilusión, ya que la ilusión, por santa que se la suponga, es concepto sin verdadera realidad, sugerido por la imaginación ó causado por engaño de los sentidos. ¿Y cómo ha de poder tan engañoso concepto ser único fundamento de la dignidad del hombre, de su virtud y entereza y de su posible bienaventuranza? Una vez desvanecida la ilusión, porque no podrá menos de desvanecerse al cabo, cuanto en ella se funde, se desvanecerá y fenecerá con ella.

Lejos de exclamar con Dante:

. . . . Bendita seas,
Santa ilusión, que nuestra pobre vida
Dignificas, levantas y hermoseas,

tendremos que exclamar con otro poeta no menos desesperado que en esta ocasión Núñez de Arce:

Encontré mi ilusión desvanecida
Y eterno é insaciable mi deseo;
Palpé la realidad, odié la vida;
Sólo en la paz de los sepulcros creo.

Lo que conviene creer, por lo tanto, es que Dante emplea la palabra ilusión en sentido irónico para expresar la más real, evidente y sublime de las realidades. Y si no quisiésemos ó no nos atreviésemos á prestar dicho tono de ironía á lo que Dante dice y á lo que repite después Núñez de Arce exclamando

Sin el vivo calor, sin el fecundo
Rayo de la ilusión consoladora,
¿Qué fuera de la vida y qué del mundo?

todavía tendríamos un recurso para explicarlo todo. Lo que verdaderamente es ilusión y no realidad, es el contenido del poema titulado *La selva obscura:* ensueño horrible, pesadilla tremenda, de la que logra libertarse el poeta cuando despierta y dice:

¡Lejos de mí las sombras que á deshora
Llenan de espanto la conciencia humana!
Y al decir esto, penetró la aurora
En torrentes de luz por mi ventana.

Hay que considerar además que el estilo de la poesía es el de la pasión y sus raptos, y se concierta mal con la dialéctica mesurada y fría llena de distingos y salvedades. También me inclino yo á recelar que otra causa de que propendan no pocos poetas y entre ellos Núñez de Arce, á caer en un abatimiento pesimista, es cierta preocupación que suele mostrarse en ellos, no ya desde que apareció la secta quejumbrosa de los románticos, sino desde venticinco siglos antes cuando menos. Aristóteles nota esta preocupación, se burla de ella y la censura en su *Metafísica.* Consiste la preocupación en imaginar que Dios no quiere

que el hombre trate de conocerle por el mero empleo de la razón que le ha dado, y que Dios, por consiguiente, castiga al alma osada

> Que aspira loca, en su delirio insano,
> De la verdad para el mortal velada
> A descubrir el insondable arcano.

La cual sentencia de otro egregio poeta de nuestros días, es casi equivalente á la frase la *funesta manía de pensar* que tan mal suele parecernos en prosa y en los labios ó en la pluma de los retrógrados y absolutistas.

No me toca dilucidar aquí si tal preocupación tiene ó no algún fundamento, pero me parece que no debe tenerle, y que Dios que es tan bueno no ha de complacerse en trastornar los pensamientos de quien aspire á conocerle y en humillar su soberbia, haciendo que piense y diga mil blasfemias y disparates. Si yerra el que filosofa, es porque su razón es limitada y aspira en balde á comprender lo infinito; pero Dios, lejos de castigarle por ello, es de esperar que le perdone, diciendo como le hace decir Goethe en el Prólogo del Fausto: *el hombre yerra mientras aspira.*

En cuanto al sapientísimo maestro de Alejandro, veamos cómo se expresa al hablar de la filosofía: «Según Simónides Dios sólo la posee, y el hombre ni de aspirar á ella es digno. Dicen los poetas que Dios es celoso, sobre todo en este punto, por lo cual castiga á los audaces que se atreven á filosofar; pero los poetas son embusteros sino engaña el refrán. Dios ni nos envidia ni nos castiga. No hay ciencia más honrada que la filosofía. Es divinísima, ya porque es Dios quien la entiende, ya porque es de Dios de quien ella entiende; la entiende sólo Dios por completo; y entiende ella, ó trata principalmente de Dios porque Dios es causa y principio de todo, y ella de causas y de

principios trata. Por eso son más útiles todas las otras ciencias, pero ninguna es más sublime.»

Retrayendo á la memoria ó teniendo presente párrafo tan juicioso, y bien podemos llamarle igualmente tan sedativo, debiera calmarse ó mitigarse al menos la furiosa desesperación de los poetas porque no descubren la verdad toda. ¿Por qué hemos de asegurar con Leopardi que *todo es arcano*, salvo nuestro dolor? En ese todo arcano puede aún, como en las primeras edades del mundo, la fe religiosa sostener la existencia real y no ilusoria de los seres inmortales que por revelación conoce, y puede la imaginación crear allí como rico suplemento de la creencia dogmática, en quien por desgracia no sea muy firme, cuantos genios, ninfas, ondinas, sílfides y salamandras le convenga crear para su consuelo y espiritual deleite.

De las consideraciones que dejo expuestas, infiero yo que no hay motivo bastante para la espantosa desesperación que muestran los poetas en nuestros días y para lamentarse tan desoladamente porque dudan. La duda no es más que la limitación naturalísima de nuestra facultad de conocer. Más allá de los límites de lo conocido está y estará siempre ese *todo arcano*, cuya inmensidad es tal que no la achican sino que la hacen aparecer más grande cuantos son los peregrinos descubrimientos y progresos de las ciencias experimentales.

Nuestro inspirado compañero habla ó canta en sus mejores momentos, con la doctrina que acabo de exponer aquí. Cierto es que en la bellísima *Ultima lamentación de Lord Byron* pone en boca del autor del *Manfredo* las mismas dudas que á él suelen atormentarle: hasta llega á dudar de si el genio no es más que locura, sobreexcitación ó desequilibrio de nuestras facultades mentales. Al cabo, no obstante, vuelve á más sano modo de pensar, hace bri-

llante apología de la razón humana y la declara libre para investigar toda verdad y para penetrar, si es posible, en todo misterio. Por tal empeño no se enoja Dios ni le castiga. Dirigiéndose á Dios mismo le dice el poeta:

Si la insaciable sed de lo infinito
Que aguija mi razón es un pecado,
Si únicamente para el mal existe,
Responsable no soy. ¡Tú me la diste!

Después confiesa que ha dudado mucho y que duda aún, pero declara, que de la existencia de Dios no ha dudado nunca. Su convicción deista es tan honda, que le mueve á escribir la siguiente octava:

Si chocaran haciéndose pedazos
Los astros con horrible desconcierto;
Si rotos ¡ay! de la atracción los lazos
Se desquiciara el universo muerto;
Si quedara al impulso de tus brazos
El espacio sin fin, mudo y desierto,
Y el tiempo con sus noches y sus días
Dejara de existir, tú existirías.

Aun va más allá el poeta en sus afirmaciones de creyente, condenando al que reniega de Jesús é invocando el dulce nombre de María. ¿Por qué, pues, y vuelvo á mi tema, tanta desesperación y tanta duda? Al dudar ¿no tira el poeta á desautorizarse á sí mismo para el oficio ó menester de concionante al que por naturaleza se inclina? La verdad es que tales alternativas de fe y de duda, de desaliento y de confianza son rasgos tan propios y tan inevitables en el carácter de la poesía lírica, que si bien yo no los aplaudo tampoco los censuro. Me limito á exponerlos aquí. Lo que sí debe aplaudirse y lo que aplaudo yo sin restricción alguna es el amor de la libertad, del progreso, del arte y de la misma poesía, que inflama con su fuego todas las mag-

níficas octavas de *La última lamentación de Lord Byron,* poema realzado además, por los entusiastas elogios de las antiguas glorias de Grecia y por la patética narración de las crueldades de Alí Bajá y de la trágica rueda y heroica muerte de las mujeres suliotas.

Así en esta como en otras interesantes narraciones, despliega Núñez de Arce poderosa y lozana fantasía, raro talento descriptivo y aptitud pasmosa para versificar con natural y sencilla afluencia, que no menoscaba, sino que presta mayor brío y lustre á la elegancia de la dicción poética. Las décimas de *El vértigo* son un dechado de perfección en este género. En mi sentir superan en mérito á los tercetos de *Raimundo Lulio*, piadosa leyenda en que el poeta nos refiere la juventud y los vehementes amores de aquel extraño sabio mallorquín, mártir entusiasta después de la fe cristiana. Lástima es que tan poética leyenda vaya precedida de una dedicatoria, donde se empeña Núñez de Arce en prestar á los sucesos que refiere una significación simbólica que no queremos aceptar. La casta y hermosa doncella que enamora á Lulio y que púdica y honestamente también está de él enamorada, no puede ni debe ser el símbolo de la ciencia profana y orgullosa que aparta al hombre de su Dios, antes debe ser, hasta por el mismo mal que le destroza el pecho y le quita la vida, aparición terrenal del alma inmaculada y dolorosa que presta con su sacrificio la luz del desengaño á su amante y le muestra la buena senda. Fuera de esto, y como caso singular y único en nuestro poeta, me atrevo yo á notar algo de prosaismo en la mencionada dedicatoria. Echemos la culpa á los distingos dialécticos que en poesía no caben. Abomina el poeta de la incredulidad, del depravado espíritu de análisis que nos quita la fe y nos induce á negar, pero recuerda en seguida que es liberal en prosa y que es

fiel á su partido y proclama la libertad de conciencia y la tolerancia religiosa de que siempre fué partidario.

Cuando en felices momentos Núñez de Arce no estuvo ó estuvo menos atribulado por sus dudas, mostró que su lira era capaz de todos los tonos y compuso lindísimos versos, ora inspirado por dulces y melancólicos recuerdos como en el tan popular y celebrado *Idilio,* ora estimulado por halagüeñas y patrióticas esperanzas, como en la elegía á la muerte de Alejandro Herculano. Elocuente y sentido es el elogio que hace de aquel erudito y profundo historiador de Portugal, lírico de notable mérito, ingenioso novelista, y por la noble rectitud é independencia de carácter, gloria de su patria; pero avalora más aquella elegía la expansión generosa con que su autor dilata su patriotismo por todo el reino vecino y proclama la fraternidad y anhela la unión íntima de portugueses y castellanos.

Nuestro poeta ha lucido también su ingenio en cierta clase de composiciones de alguna novedad en nuestros días, y de las que son modelos, aplaudidísimos en todas las naciones cultas, *Herman y Dorotea,* de Goethe, y *Evangelina,* de Longfellow. En estos poemas breves, ó más bien novelitas en verso, cuyos personajes son por lo común del estado llano y á veces de la ínfima plebe, se refieren sucesos de la vida privada, dando al referirlos ocasión de describir campos, jardines, mares y otros objetos, ya naturales ya artísticos, así como las faenas y ejercicios más comunes y ordinarios, en todo lo cual no deja de haber mucha y excelente poesía que resplandece ante los ojos del poeta y que el público ve y siente cuando el poeta sabe mostrarla. Ningún ser sobrenatural suele intervenir en estos poemas. La pintura de las pasiones y actos humanos, del teatro del mundo, de la sociedad contempo-

ránea y del medio ambiente en que aparecen, basta á realzarlas y á hacerlas interesantes.

En la mencionada clase de poesía, Núñez de Arce ha dado al público producciones muy hermosas. Una de ellas, cuyo título es *Maruja,* agrada en extremo por la descripción de la quinta y del huerto donde viven en dichoso retiro el Conde de Viloria y su enamorada consorte, y por la gentil manera con que nos retrata y presenta á ambos esposos y con que nos cuenta las dulzuras y la felicidad de sus conyugales amores. Acaso haya en *Maruja* algo que, contado en prosa, nos parecería precipitado y hasta inverosímil; pero la poesía tiene alas con que nos arrebata y con que precipita los casos, llevándonos á prescindir de la medida del tiempo. Embelesados por los bonitos versos del poema, no extrañamos que la andrajosa Maruja, á quien el guarda trae asida de una oreja porque ha entrado á merodear en el cercado ajeno, hechice y conmueva tanto á la condesa, deseosa de tener una hija, que de repente la adopte por tal, con las más apasionadas muestras de ternura y con el beneplácito de su marido.

En otro cuento ó poema por el mismo estilo, *La pesca,* no hay precipitación ó inverosimilitud semejante. El lugar de la escena está ricamente pintado, sin prolijidad minuciosa, y los personajes que figuran en la acción aparecen vivos y reales. Miguel y Rosa son hermosos de alma y de cuerpo; y la madre de Rosa, el virtuoso cura de la aldea y hasta el viejo marinero, que lamenta la muerte de su hija, se nos hacen muy simpáticos por la bondad y nobleza de los caracteres, sin incurrir nunca, ni en dichos ni en hechos, en alambicado y falso sentimentalismo, impropio de la sencillez campesina. En *La pesca* sólo hay, á mi ver, un personaje que huelga ó está de sobra, perturbando un poco la armonía del conjunto. Es este personaje el amigo

de Miguel, el cual, prendado de Rosa, la codicia y se siente envidioso de su amigo. Despistado el lector, recela que la tragedia va á surgir de esta pasión oculta y pecaminosa, pero la tragedia sobreviene sin que la motive ni ocasione la voluntad del hombre. En una terrible galerna naufraga la barca en que Miguel ha salido á pescar, y Miguel muere. El cuadro de la tempestad, los esfuerzos de los marineros por salvarse, la angustia y desolación de Rosa, la caridad y el valor del Padre cura y sus generosos esfuerzos para evitar el naufragio, y por último, el terror y la piedad de los habitantes de la aldea, todo está tan bien trazado, que despierta y sostiene vivo interés en los lectores y les causa emoción profunda.

En otras composiciones cortas de Núñez de Arce, como por ejemplo, *En el crepúsculo vespertino* y en *La esfinge,* se admiran el vigor del estilo para describir sóbriamente y la habilidad y el dominio con que manejado el lenguaje se ajusta sin violencia á lo que exigen el metro y la rima en la más artificiosa de sus combinaciones, cuales son los sonetos.

Maestro en el arte de rimar y tan pronto para hallar los consonantes que se diría que acuden á su llamada con el significado más propio que á su idea conviene, todavía se distingue Núñez de Arce en los endecasílabos libres, tan desmayados y flojos casi siempre en España hasta que Moratín enseñó á escribirlos primorosísimos y sonoros, tomando por modelo los que en Italia se escribían. No afirmaré yo, porque las comparaciones son odiosas, que Núñez de Arce supere en esto á Moratín, ni que siquiera se le iguale, pero sí me atreveré á sostener que los endecasílabos libres en que comenta el encomiadísimo monólogo de Hamlet, y no pocos de *La visión de Fray Martín*, son de los más elegantes y briosos que en castellano se han escrito.

En toda *La visión de Fray Martín* hay un poderoso esfuerzo de fantasía. Por este concepto es, sin restricción, mi alabanza. Lo que no me siento con fuerzas para emprender es la interpretación ó la explicación de todo aquél á modo de ensueño, que según el poeta hubo de tener Lutero. Sólo tengo por cierto que no pudo nacer la Reforma de las dudas de aquel audaz heresiarca. De las dudas que atormentan y desesperan, no nace la actividad sino el abatimiento. La rebeldía de Lutero, tan importante en la historia de la Iglesia y en la historia de la civilización de Europa, no fué porque Lutero dudase, sino porque se convenció y persuadió, aunque fueran causa de su persuasión y convencimiento, el demonio de la ambición, el anhelo de notoriedad, la emulación del germano contra el latino y el sentimiento de escándalo, á par que de envidia, al contemplar las grandezas, elegancias y profanos esplendores de la corte romana, donde en ciencias, letras y artes renacía la gentilidad clásica amenazando eclipsar la luz del Evangelio. No negaré yo que Lutero dudase. ¿Quién no duda antes de creer, de saber ó de convencerse? Lo que yo afirmo es que Lutero nada hizo mientras dudó. Lo que hizo fué afirmando y negando intrépidamente.

En mi sentir hay un linaje de duda juiciosa y benéfica, que no puede desesperar á nadie que esté en su cabal juicio. Viene á ser tal duda el humilde reconocimiento de la insuficiencia de nuestra razón para descubrirlo y penetrarlo todo y de la escasez de nuestras fuerzas y medios para lograr cualquier fin ó propósito sin el divino auxilio. Es tan buena tal duda que va implícita en el temor de Dios y por él y con él es principio de sabiduría. Tal duda entra también en toda bendición, en el saludo cordial y en el parabién afectuoso, siempre acompañado de la

plegaria. Por eso decimos: Dios te guarde, Dios te ampare, Dios te dé su gracia y Dios te bendiga. Tal duda precede á la ciencia, porque sin dudar de la verdad de un sistema, de una hipótesis ó de una teoría, ni habría progreso ni llegaríamos á la certidumbre. Y tal duda es por último fuente de poesía, ya que lo inexplorado, lo incógnito ó lo dudoso es inmensidad por donde la imaginación se explaya y en donde muestra su virtud creadora.

Cuando dice Petrarca, hablando del sol en su ocaso, que va á iluminar á gente que allá muy lejos quizás le espera, el adverbio *quizás*, expresión de su duda, es lo que presta poesía al dicho de Petrarca. Dos siglos después tal *quizás* ó tal duda es imposible, así como la poesía que de esta duda nace. Pero la duda sobre objetos más trascendentales persistirá siempre. Nada más falso que lo que, impugnando otras sentencias suyas, asegura Leopardi, de que está descubierto *el indigno misterio de las cosas.* El misterio no está descubierto, pero nos consta que no es indigno, sino incomprensiblemente maravilloso. Salir de duda sobre cuanto de él se ignora sería pretensión más absurda que la de dejar el mar en seco sacando agua con una escudilla.

Estimo yo, por consiguiente, que ni la duda desesperada que nos abate y enerva, ni esta otra excelente duda de que he hablado, agitaron el alma de Lutero y causaron la Reforma, en la cual hubo, á mi ver, más retroceso que progreso, porque rompió la unidad primordial de la civilización europea, sembró el odio ó el desprecio entre las naciones y exacerbó la intolerancia y el fanatismo en vez de mitigarlos.

Cuando sobrevino la revolución más radical que ha conmovido á España en el pasado siglo, revolución que acarreó más desventuras que ventajas y que tuvo tan las-

timoso y poco lucido remate, las dudas y la aflicción de nuestro poeta se acrecentaron y llegaron á su colmo. Entonces publicó los *Gritos del combate,* que le han conquistado tan envidiable y merecida fama.

Núñez de Arce compuso casi todas aquellas poesías bajo el influjo de una tremenda obsesión que perturba á multitud de pensadores de la edad presente.

Todos concuerdan, y la concordancia parece razonable, en que las muchedumbres, las gentes, la plebe, el vulgo, ó como queramos llamarlo, cuando pierde la fe religiosa, fundamento de la ley moral y freno de los malos instintos, sólo á la fuerza se somete, ya que no emplee y se valga de la fuerza para trastornar el orden social minando y destruyendo las bases seculares en que se asienta y reposa. Á fin de remediar tanto daño, los pensadores han cabilado mucho, y en mi humilde opinión han desatinado más, si bien nuestro poeta, dicho sea en honra suya, no ha aceptado los que yo juzgo desatinos. ¿Por qué dividir la historia en períodos arbitrarios y suponer que hubo la edad de la fe y que ahora estamos en la edad de la razón, con la fe irremisiblemente perdida? ¿Por qué lamentar esta pérdida dándola por cierta, como hace, por ejemplo, Renan, y procurar, no obstante, con sus escritos que sea cierta la pérdida, aunque en realidad no lo sea? La humanidad sin fe no se concibe. Sin fe se detendría en su marcha porque la fe es el estímulo que la mueve y el luminoso faro que la guía. En nuestro poeta tal vez la pasión eclipsa por momentos la luz de esa fe, pero nunca la apaga. Injusto contra sí mismo hasta con el título *Gritos del combate,* se despoja de autoridad en su despecho. Tales gritos presuponen denuedo, indignación elocuente y varoniles arrebatos de cólera; todo menos la serenidad y el despejo que la enseñanza y el pronóstico requieren. A la

poesía docente se oponen los gritos apasionados y belicosos.

Para poner término á este prolijo análisis y dictar mi fallo, aunque nada autorizado, franco y leal, me atreveré á citar algunos párrafos de lo que en otra ocasión dije sobre este asunto ya que reconozco que lo que entonces dije vale mucho más que cuanto yo acertaría á expresar ahora ciego y fatigado por el peso de los años.

La duda y el temor que asaltan á menudo al poeta acaban por disiparse, ó más bien se convierten en afirmación y en esperanza. En ninguna de sus obras brilla más esta esperanza y aparece esta afirmación más segura é inquebrantable, que en los últimos versos que ha dado á la estampa con el título de *Sursum corda*. En ellos exclama el poeta:

¡Lejos de mí la torpe incertidumbre!

brinda á su patria abatida y triste bálsamo de esperanza y consuelo, y prorrumpe en un himno eucarístico á la providencia de Dios, combinado con alegres vaticinios y con sonoras alabanzas á la civilización europea.

Antes de alcanzar y de cantar victoria, el poeta, sin embargo, ha vacilado y combatido mucho. Las quejas, las diatribas, las sátiras y los anatemas contra la incredulidad, los vicios y los pecados de la edad presente, han precedido al hermoso epinicio en que casi sin restricción la glorifica, profetizando venturas y triunfos mayores. Incondicionalmente, con tal de que se crea y se espere en Dios, el poeta confía en la constante ascensión del humano linaje, aunque en su marcha progresiva salte por cima de antiguas y venerandas doctrinas é instituciones.

Podrán caer las religiones todas, podrán arrasarse todos los templos, pero ningún cataclismo, por tremendo que sea,

..... Hará temblar la inconmovible base
De la admirable catedral inmensa,
Como el espacio transparente y clara,
Que tiene por sostén el hondo anhelo
De las conciencias, la piedad por ara
Y por nave la bóveda del cielo.

La plena y omnímoda confianza en los altos destinos del hombre no puede manifestarse con mayor claridad y arrogancia ni más independientemente de todo: hasta de las religiones tradicionales y positivas.

Para que se comprenda que al aplaudir á Núñez de Arce no afirmo ni niego yo las doctrinas que alternativamente sostiene, añado aquí lo que también dije en el ya citado escrito.

Cuantos son los problemas religiosos, filosóficos, sociales y políticos que interesan hoy á la humanidad, agitan y enardecen su alma; y él, con lealtad y franqueza que le salvan de la inconsecuencia, ya que no los resuelva, los presenta á nuestra consideración en resplandecientes y atrevidas imágenes.

Esto basta para la gloria del poeta, si penetramos en el mundo encantado que supo crear, deponiendo las armas de rastrera dialéctica y no provistos de mezquinas objeciones, sino con el áureo y frondoso ramo de que Eneas se apoderó por mandato de la Sibila: con algo del poder taumatúrgico que nos abre la morada misteriosa y esquiva de las visiones sobrehumanas. Esto basta, en suma, para que sin jactancia contemos al que fué nuestro compañero y amigo, entre los más inspirados, briosos y elegantes poetas que en el siglo XIX, tan fecundo en poesía lírica, han florecido en España.